

Recordar, compartir, aprender

Pamplona

Felisa Eder, 84 años

Marta Quintín Maza, 19 años

‘CHICARRONA DEL NORTE’, POR EL MUNDO

“Yo soy navarra, de Izalzu, y en el 48 pasamos a Francia por el monte”. La que esto me cuenta tiene ojos acuosos, voz profunda y apacible, una insobornable socarronería, muchas ganas de hablar y una gracia llena de energía para hacerlo. Se llama Felisa Eder y en diciembre cumplirá 85 años.

Viéndola sentada en la residencia pamplonesa El Vergel, nadie diría que se internó en las asperezas pirenaicas para emigrar. Pero sí, cruzó la frontera por necesidad. Se había casado con su marido Félix por poderes. Los franceses no reconocían ese tipo de matrimonios y la devolvieron desde Hendaya a España. Una vez aquí, la encerraron en la cárcel de San Sebastián, y luego en la de Pamplona. “Menuda experiencia...”, musito yo, llena de asombro acongojado. “Muy buena”, replica ella con la sonrisa irónica y vivaz que le es tan característica. Para desdramatizar, añade: “Bah, pero fueron sólo unos días. Uno de los guardias me dijo que era una lástima verme con 25 años, casada y sin marido. Y yo le contesté que ¡para poco tiempo si Dios quería! Creía que me iba a asustar...”. Suelta una breve carcajada. Entonces ya sé que me hallo ante una mujer entre cuyos planes no ha figurado jamás el de amilanarse.

Corroborar mis impresiones cuando prosigue diciendo que, tras conseguir un pasaporte, regresó a Francia, pero que ella y su marido pronto se marcharon porque “Francia no les hacía tilín”. Sin embargo, eso no fue obstáculo para que, mientras duró su estancia en el pueblo francés, ejerciera una vez de partera siguiendo las instrucciones del médico del lugar. La sorpresa vuelve a apoderarse de mí cuando puntualiza que ni ella sabía francés ni el médico español. “Pero nos entendíamos a la perfección, con medias palabras...”, asevera. “Incluso tuve que hacerle de intérprete con un par de italianas que había en el pueblo... Ay, si es que en esta vida me ha tocado hacer de todo”.

Un tío de su marido los reclamó desde Argentina y allá se fueron, al gran Buenos Aires. Del país andino conserva sus recuerdos más preciados. “Lo mejor de mi vida lo pasé allí. Si ahora me dieran a elegir un lugar donde nacer, no lo dudaría: Argentina”. Evoca para mí una ciudad de avenidas mejor trazadas que las españolas, “donde siempre sabes por dónde andas”, y reproduce fielmente el enorme mercado al lado del cual adquirió un departamento. Tenía “escaleras de mármol”. Al principio ella cosía ropa. Luego montaron una fiambrería. Al rememorarlo, su rostro trasluce que aquella iniciativa que emprendieron le resulta ahora muy graciosa. Su regocijo se acentúa cuando me cuenta que compraron una parcela sin dineros. “¿Y eso cómo se hace?”, inquiero llena de jovial interés. “Pues gracias a los amigos”, replica con llaneza y picardía.

Esos amigos y familiares suyos que pueblan los más diversos confines del globo: desde Argentina, de donde vino a visitarlos el año pasado el hijo de unos amigos al que enseñó a andar “porque echaba los dos pies al mismo tiempo”, pero que ahora “bien que camina y buen mozo que es”; pasando por Canadá, donde fue de visita a ver a su cuñada, “una gallega a la que no conocía” pero con la que se lo pasaron de maravilla; hasta Pamplona, donde permanecía el resto de sus parientes.

La nutrida familia, compuesta, a falta de hijos, de sobrinos nietos y sobrinos biznietos, fue la que les hizo volver a España en el 89 (“¡el año que nací yo!”, exclamo sin poder reprimirme ante la coincidencia). “Los familiares te insisten y al final te ablandas y cedés...”. En España vivieron un tiempo en un piso y luego ella y su marido se trasladaron a la residencia. “Claro, porque si te caes, ¿quién te recoge?”, señala.

A una de las enfermeras del centro, a Silvia, le contó Felisa en abril del año pasado que se había notado un



bulto duro en el pecho izquierdo. “Yo creo que fue un ángel de la guarda el que aquella mañana, después del baño, me llevó la mano ahí, porque yo no acostumbraba a tocarme esa zona”. Al principio dudó si revelárselo al médico “por si era una pavada”. Pero el dos de mayo los trámites ya estaban hechos y ese día la operaron. Hace poco pasó la revisión y los análisis demuestran que todo está bien. Ella más o menos piensa lo mismo: “Sí, no me puedo quejar... hombre, yo creo que no me recuperaré del todo en mucho tiempo y ahora mucho tiempo tampoco podemos esperar...”, comenta con una sonrisa resignada y filosófica.

Teme hacerse daño, dada la magnitud de la herida, y por eso ya no cose con dos agujas, habilidad que le hizo colaborar durante muchos años con la ONG Esclavas de Jesús, tejiendo chaquetas, bufandas... En este momento, espera la semana cultural de la residencia, durante la cual organizan un rastrillo. Para la ocasión ofrece los paños de ganchillo que ahora se dedica a confeccionar. Me conduce al taller del centro y los va sacando uno a uno de un panel de madera pintado por ella misma con una paloma. Va desplegando los paños como si se tratasen de tesoros guardados con infinito celo. Los hay de diferentes tamaños, colores y formas. Una compañera suya le pide que le cosa uno, haciendo pucheros. Al principio parece reacia. Pero concluye prometiendo “que irán juntas a comprar el hilo. Uno que no sea de los chinos, porque éstos son de muy mala calidad”.

La visita acaba e insiste en acompañarme a la salida. Afuera el aire es fresco. “¿No se enfriará?”, aventuro con preocupación. Sólo lleva una chaqueta encima. “No creo, soy chicarrona del norte”, se ufana. Me acaba de convencer. Después de lo que he visto y oído, eso no se lo puedo rebatir. Así que la dejo que me guíe hasta la parada del autobús. Me conmina a que vaya andando. “En diez minutos estás arriba”. De eso también me convence.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Felisa tiene claro que la magia que abre todas las puertas en esta vida es adaptarse. A ella, que ha vivido una monarquía, una república, la guerra, le encanta ser testigo del progreso. Su último descubrimiento es el ordenador. “Al principio yo no quería ni oír hablar de ordenadores, porque creía que servían sólo para ordenar las cuentas. Pero una fisio me convenció de que tenía que probarlo para escribirle a mi familia y amigos y que ellos me escribieran a mí. Me creó una cuenta de correo y empecé, aunque de mala gana. Pero luego un sobrino me enseñó cómo se comunicaba a través de la cámara con una prima de Santander y me entusiasmé”.

Me encanta que utilice ese verbo, el mejor que puedo escuchar en labios de una señora de 85 años. Con la posibilidad de mantener el contacto con la gente que quiere como gran aliciente, Felisa comenzó a tomarse la informática en serio y, si no fuera por que a veces los cinco ordenadores de la residencia no funcionan, estaría dispuesta a aprender mucho más. “Pero claro, como para todo en esta vida, se necesita práctica. Aprendes a base de tropezar con el ratón”, remacha sonriendo. El otro día la residencia les permitió asistir a un congreso donde estaba “la ministra”, Trinidad Jiménez. “Le explicamos que éramos de El Vergel y que los ordenadores no iban. Nos contestó que habría que cambiarlos...”. Me cuenta la experiencia emocionada. “Si no sales, no te enteras de nada. Hay gente aquí que está como tonta. Eso yo no lo quiero. Aún respiro y quiero hacerle honor a eso”. Ganas de vivir puras y duras.

Estoy deseando terminar el artículo para remitírselo por e-mail. Lo mejor es que ella será quien lo abra al otro lado de la pantalla.